



Eduardo G. RICO



De Vázquez Montalbán y Jesús Campos

Dos Espectáculos y una sola Provocación

Al margen de los teatros del centro —y aunque estén ubicados en un centro más real que el que por tal se tiene— bien merecen atención las actividades de dos salas que llamaríamos marginales, a pesar de ser muy distinta la vocación de quien los anima; más que distinta, exactamente contraria: ambos buscan un público mayoritario. Nos referimos al teatro de Lavapiés, nombre que debe al barrio en que ha sido instalado, calle de Tribulete, y a la sala Olimpia, en la misma plaza bautizada con aquel castizo término. Pese a esta localización —como decimos, en el propio corazón de la capital— los dos pueden considerarse «off», en el mejor y en el peor de los sentidos de esta clasificación a la manera neoyorquina. En el mejor, por el carácter de sus representaciones; en el peor, por esa lamentable marginación en que oficialmente se les tiene.

Olimpia y Lavapiés necesitan dar fuertes aldabonazos para que el remiso «público habitual» preste suficiente interés a sus propuestas. Y de hecho, los dan. En su programación hay, cuando escribimos, sendas obras

que pueden definirse como provocativas. En el Olimpia, el grupo Tabano, que tanta gratitud se merece cuando se valoran sus aportaciones a lo largo de una labor incansable de muchos años, ha escenificado, bajo el título





de «Se vive solamente una vez», la novela «Cuestiones marxistas», de Manuel Vázquez Montalbán, premio Planeta el año pasado, activo protagonista de la política catalana —se le ha elegido miembro del comité ejecutivo del PSUC— e infatigable escritor de periódicos y libros desde hace tres lustros. Articulista, poeta, analista del fenómeno informativo, cronista de toda una época —los cuarenta—, novelista..., no hay zona literaria que no haya pisado, y siempre con brillantez. Su estilo más propio lo definen las crónicas sentimentales y un método crítico que elude lo acerbo y se vale de una ironía nunca cruel, aunque no por ello menos demolidora.

«Cuestiones marxistas» constituyó, en los primeros setenta, el colofón de una forma que M.V.M. había frecuentado después de su «Crónica sentimental de España», que había supuesto un notable cambio de enfoque en el planteamiento de su perspectiva analítica. (No se olvide que Vázquez había hecho sus primeras incursiones, cierto que de modo original, por la literatura social.)

Vázquez había utilizado, en el inicio de la década, como hemos escrito, un lenguaje descoyuntado, de ruptura —un lenguaje «subnormal» como decía—, enlazado con la escuela del absurdo, conclusión del surrealismo, del que recuperaba elementos y los ordenaba en una dirección más constructiva. Vázquez había ideado una dialéctica infernal, entrecruzando épocas y personajes e incorporando esos elementos tenidos hasta entonces por frívolos o triviales.

Tabano se ha hecho cargo de esta revolución formal y ha sabido conectar con el humor marxista (de Groucho) que envolvía la obra original. El resultado lleva por título el de una canción popularizada por Antonio Machín en otro tiempo: «Se vive solamente una vez». Guillermo Heras ha trabajado en la adaptación, junto con un equipo de consumados actores, que encabeza Vicente Cuesta, quien desarrolla un esfuerzo interpretativo admirable en su papel de Groucho.

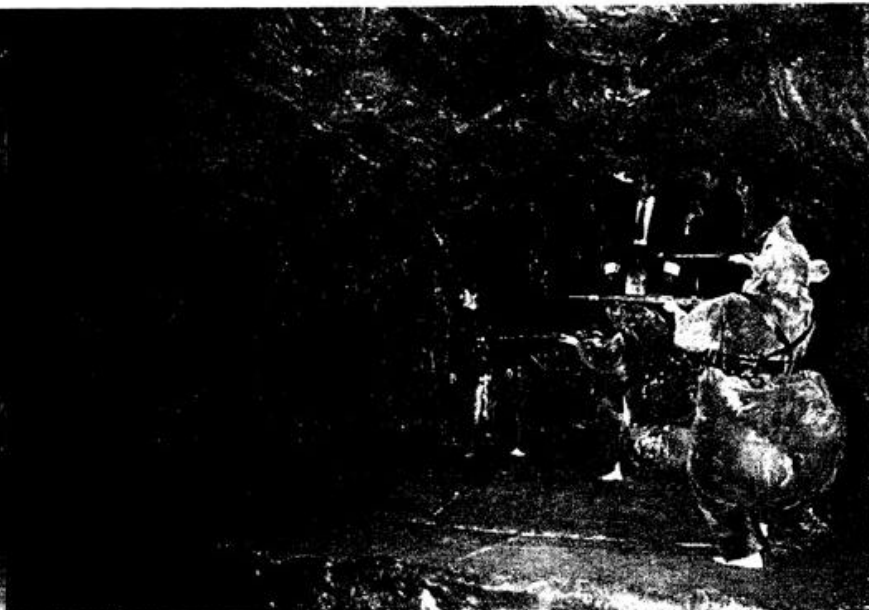
El ritmo de la obra es deliberadamente disparatado. La sucesión de las situaciones multiplica los personajes históricos que Vázquez evoca de una manera provocadora. Por el escenario desfilan Togliatti, Nietzsche, Mao, Trotsky, Umberto Eco —fulminado en una breve situación—, Carolina de Mónaco y el propio Carlos Marx —un Carlos Marx viajero impenitente—. Se trata de llevar a cabo, implacablemente, una labor desmitificadora: quedan demolidas unas formas culturales concretas y destruidas sólidas convenciones. Recobra Vázquez el humor absurdo de los Marx y Tabano sabe recoger lúcidamente sus intenciones. Los actores, en su delirante movimiento escénico, encuentran apoyo en quince canciones de autores (Montllor, Luis Eduardo Aute) de obvia definición, por no serviros del concepto de «compromiso», por sus connotaciones al tomarlo en posesión una escuela artística y literaria muy concreta, de la que Vázquez, por supuesto, se desengancha.

Aparecen en escena cincuenta y cinco personajes; cualquiera puede

imaginarse el esfuerzo que realizan los nueve actores de la compañía; todos ellos asumen diversos papeles.

Espléndida síntesis la conseguida por Vázquez entre los supuestos hermanos Marx. Gran provocación, desarrollada con humor y sin adusta agresividad. Tabano llevará el espectáculo a otras regiones españolas. Será bien acogido.





«Los hombres-rata», de Jesús Campos

Dueño de una amplia cultura teatral, Jesús Campos —uno de los olvidados de la dictadura— nos ofrece en el Lavapiés —teatro mantenido por una cooperativa de actores a duras penas— «Es mentira», obra pirandelliana en lo formal, enriquecida por elementos del teatro del absurdo.



Jesús Campos no es un novel, aunque las circunstancias le hayan obligado a parecerlo. Tales son las dificultades para encontrar sitio en un escenario madrileño, que autores de talento probado, avalados por premios y por éxitos anteriores —éste es el caso de Jesús Campos—, se las ven y se las desean para dar a conocer su producción. «Es mentira» constituye una pieza escrita hace años, en situación diferente, en un contexto desfavorable para los planteamientos ideológicos últimos de Campos. Se le ha reprochado al autor su excesiva vinculación a aquel contexto para el que iría destinado su mensaje y, en suma, el carácter circunstancial de su propuesta. No estamos de acuerdo con esta censura, porque nos parece perfectamente integrada en el marco cultural de hoy.

La obra de Campos responde, en efecto, y tal como señalamos más arriba, a una intención provocadora. Se trata seguramente de evocar una situación de conflicto a muerte entre hermanos, símbolo de contienda civil. La situación queda instalada en un clima de angustia, de acogotamiento, de asfixia, determinado por la presencia de gigantescos roedores. Las gentes «de fuera» habrán entrado, también, en proceso de *ratización*. Sólo la protagonista, formidablemente encarnada por Maite Brik, conserva su integridad física, y con ella su afán de rebeldía y de pureza. Sobre Maite Brik descansa el mayor peso de un drama con final trágico. Las referencias a la realidad —psicológica, social, política— abundan en la obra, pero sus cualidades mayores son intrínsecas, pertenecen

a su sustancia estrictamente teatral.

Jesús Campos ha creado el espacio escénico y dirigido esta función, que se nos ofrece en el Lavapiés con escasez de medios y sin publicidad, casi escondidamente; de Campos —y de sus actores— son los muchos méritos que podemos apreciar en esta obra, que no porque llegue tan tarde al público pierde sus valores esenciales.

He aquí, pues, seleccionadas en la cartelera de un mes escaso en acontecimientos teatrales, dos obras que se mantienen en el «off Madrid», marginadas, con notoria injusticia, por la audiencia burguesa habitual. Este, repetimos, es un «off Madrid» que paradójicamente ocupa el mismo centro de la ciudad. Préstensele atención.

LUI

